

https://www.ncregister.com/features/the-witness-of-a-hostage-the-holiness-of-father-emil-kapaun?utm_campaign=NCR&utm_medium=email&_hsmi=284916273&_hsenc=p2ANqtz-9mj0BoeVVsEIOU7y-yJ6ZmPCCluWubuxrE7cS6kx1zPADPcBe14UU3azhpL18Q5wN6mOY-RKufRCDsNICp3KfhQUeQQ&utm_content=284916273&utm_source=hs_email

EL TESTIMONIO DE UN REHÉN: LA SANTIDAD DEL PADRE EMIL KAPAUN

Captado en la fiesta de Todos los Difuntos, el testimonio del capellán militar sigue inspirando.



El padre Emil Kapaun celebra misa usando el capó de un jeep como altar, el 7 de octubre de 1950. (foto: null / Dominio público)

KV Turley Características30 de noviembre de 2023

El 1 de noviembre de 1950, día de Todos los Santos, el padre Emil Kapaun celebró la santa misa para los soldados de su batallón.

En ese momento, muchos, y ciertamente muchos de los reunidos para la Santa Misa, asumieron que la Guerra de Corea casi había terminado, con las fuerzas comunistas de Corea del Norte efectivamente derrotadas por Estados Unidos y sus aliados.

Sin embargo, en las primeras horas de la mañana siguiente, el Día de Todos los Difuntos, algo cambió.

Los operadores de radio militares periféricos fueron los primeros en darse cuenta de que había surgido una nueva amenaza. Se resumió en una palabra que se repitió frenéticamente una y otra vez a través de la estática crepitante: "Chino".

Pero la advertencia resultó demasiado tarde.

En lo que se conoció como la Batalla de Unsan, alrededor de 3.000 militares estadounidenses se enfrentaron a un ataque de 20.000 soldados chinos; al amanecer, el primero había sido invadido. Muchos habían sido asesinados y muchos más fueron hechos prisioneros. La velocidad y el número de quienes atacaron esa noche habían sorprendido a todos.

Mientras los otros batallones intentaban huir hacia el sur, los hombres del padre Kapaun se quedaron para luchar en una acción de retaguardia contra el avance chino. En esas horas, el sacerdote estaba tan activo como cualquiera de sus compañeros soldados. Corriendo de trinchera en trinchera, arrastró a los heridos a un lugar seguro, dio los últimos ritos a los moribundos e incluso se le observó escuchando confesiones en medio de los disparos. Sus compañeros oficiales lo instaron a escapar; él se negó a hacerlo. Al final, fue capturado mucho más allá de las líneas estadounidenses, tratando de arrastrar a un hombre herido a un lugar seguro.

El padre Kapaun y los demás prisioneros de guerra fueron llevados. Fueron más afortunados que los heridos que se quedaron atrás y fueron torturados y asesinados por los chinos.

El viaje forzado de estos prisioneros de guerra se conocería como la "Marcha de la Muerte". Los prisioneros eran obligados a caminar principalmente de noche y sin comida. Cualquier prisionero que no pudiera mantener el ritmo, debido a enfermedad o fatiga, era fusilado.

Después de varios días y 70 millas, los sobrevivientes llegaron a un campo de prisioneros. Estaban hambrientos, pero en el campamento seguían pasando hambre. El padre Kapuan intentó reunir a las tropas para que no se desearan. Inmediatamente, al hacerlo, se ganó la sospecha de los guardias armados que vigilaban de cerca a estos estadounidenses capturados. Sin embargo, lo que más indignaría a los guardias sobre el sacerdote fue cómo el capellán reunió a los hombres para las oraciones nocturnas: ateos y creyentes, blancos y negros, soldados y oficiales, todos se reunieron para unirse al Rosario.

Aquella Navidad de 1950, varios prisioneros de guerra escaparon. En consecuencia, los prisioneros que quedaron atrás fueron conducidos a través de la nieve helada a otro campo a algunas millas de distancia, uno considerado "a prueba de escape". Ese invierno, al caer las nieves, las temperaturas bajaron hasta los 40 grados bajo cero. Los prisioneros seguían pasando hambre; La neumonía se extendió por el campo y también la desesperación. En febrero, mientras los cuerpos congelados de prisioneros insepultos se amontonaban por todo el campo, algunos reclusos comenzaron a darse por vencidos en el campo de exterminio.

Sin embargo, entre los prisioneros, hubo uno que, aunque su voz era tan débil como la de los demás, les dijo repetidamente que permanecieran fieles a la fe y a quienes en casa cuidaban de ellos. Cuando el padre Kapaun, barbudo, sucio y vestido con ropa andrajosa e infestada de piojos, como todos los demás, terminó de hablar ante los hombres reunidos, hizo algo que muchos recordaron para siempre. Levantó su mano ahora esquelética sobre todos los prisioneros allí reunidos e hizo la Señal de la Cruz. Muchos años después, un prisionero protestante recordó que fue esa bendición la que le dio la fuerza para seguir adelante.

Día tras día, cuando los hombres se negaban a realizar las tareas que les encomendaban sus guardias, el padre Kapaun las hacía. Cuando los prisioneros de guerra discutían entre sí, él mediaba; cuando había tristeza en el aire, hacía chistes; sobre todo, oró por estos hombres.

Cuando un compañero de prisión le preguntó cómo había llegado a este infierno, el capellán respondió: "Me ofrecí como voluntario".

Nacido en 1916, creció en una granja de Kansas antes de convertirse en capellán militar y sirvió en Asia durante la Segunda Guerra Mundial. Al regresar a la vida parroquial civil, descubrió que "no funcionó" para él. Cuando se declaró otra guerra, con el permiso de su obispo, dejó su tierra natal para servir una vez más, sintiendo que debería haber un sacerdote con aquellos que enfrentaban la muerte en un campo de batalla extranjero.

En el campo de exterminio comunista, los guardias empezaron a odiar al sacerdote-prisionero. El padre Kapaun lo sabía; predicó abiertamente a los hombres sobre la necesidad de perdonar a los enemigos. A partir de entonces, los guardias prohibieron las oraciones públicas en el campo. Sin embargo, el sacerdote continuó orando en privado con sus compañeros de prisión. Cuando lo descubrieron haciéndolo, como castigo, lo desnudaron y lo obligaron a permanecer de pie durante horas sobre un bloque de hielo.

Mientras el sacerdote estaba sobre el hielo, sus captores se burlaban del sacerdote: "¿Dónde está tu Dios ahora?"

"Aquí mismo", fue la respuesta.

A pesar de todo, los prisioneros de guerra llegaron a amar a su capellán.

El domingo de Pascua de 1951, mientras el sol salía sobre las nieves derretidas del campo de exterminio, se observó un espectáculo curioso: allí, en el centro, estaba un hombre, vestido con la estola púrpura de un sacerdote, sosteniendo un misal romano.

De alguna manera, el padre Kapaun había pedido (y recibido) permiso para un servicio de Pascua. Esa mañana, los prisioneros incrédulos comenzaron a reunirse alrededor del sacerdote. Les dijo que no tenía medios para decir misa, ya que no tenía ni pan ni vino; en cambio, abrió el misal y comenzó a recitar las palabras del servicio del Viernes Santo. A continuación leyó las meditaciones del Vía Crucis. Algunos de los que escuchaban comenzaron a llorar. Cuando terminó de leer, sostuvo en alto un rosario. Invitó a los hombres a unirse a él para rezar esa antigua oración, lo que provocó que los guardias miraran con recelo. Al concluir el Rosario, uno de los prisioneros de guerra comenzó desafiantemente a cantar el Padrenuestro. Mientras lo hacía, todo el cuerpo de hombres se unió. Muchos años después, un prisionero de guerra judío aún podía recordar lo mucho que significó esa mañana para todos aquellos enjaulados detrás del alambre de púas del campo de exterminio: hambrientos, temblando y enfermos, con el siempre presente Con las armas apuntándoles, había esperanza.

Finalmente, la salud del padre Kapaun se deterioró. Mientras llevaban al sacerdote en camilla a lo que los guardias llamaban un "hospital" y lo que los reclusos llamaban una "casa de la muerte", se notó que su mano agarraba con más fuerza que nunca su estola púrpura.

Las últimas palabras del padre Kapaun antes de entrar en la casa de la muerte, escuchadas por los prisioneros de guerra que lo habían llevado allí, fueron: "Padre, perdónalos, porque no saben..."

Justo antes de que lo llevaran en camilla, el sacerdote entregó su misal a otro prisionero de guerra y lo instó a continuar con los servicios de oración.

Sin comida ni agua, aguantó dos días.

El 23 de mayo de 1951, la noticia de la muerte del capellán se extendió por el campo. Desafiando a sus carceleros, esa noche los soldados recordaron a su capellán: En una choza los cautivos leyeron el Salmo 23; en otro se rezó el Rosario.

Durante años, los restos mortales del padre Kapaun yacían en una fosa comunitaria en Corea. Pero, providencialmente, sus restos mortales reposan ahora en su estado natal .

Lo que los comunistas habían intentado extinguir matando a un hombre, paradójicamente, parecía haber tenido el efecto contrario, ya que, cada año que pasa, crece la reputación de santidad del sacerdote.

Aún así, la nieve cae cada invierno a través de los valles oscuros y las cadenas montañosas heladas de una tierra que aún no conoce la libertad.

Sobre las fosas comunes que quedan, sus copos caen suavemente, porque es allí donde se espera la " *diana* final ", cuando, a la brillante luz de una nueva mañana, un tren de hombres alguna vez demacrados saldrá a la libertad de los Niños. de Dios, y a su cabeza, el Padre Emil J. Kapaun.